

—Pobre mujer! exclamó la cantinera.

—Por todas partes hay batallas y por todas partes oigo ruido de tiros, continuó diciendo Micaela; no comprendo por qué sucede esto; lo único que puedo comprender es que han muerto á mi marido.

El sargento dió un golpe en tierra con la culata del fusil, gritando.

—Qué barbarie de guerra!...

—La última noche nos hemos acostado en el hueco de un árbol.

—Los cuatro?

—Los cuatro.

—Pues os habreis acostado de pié.

Volviéndose hácia los soldados, les dijo su jefe:

—Camaradas, estos salvajes llaman acostarse á meterse dentro del tronco de un árbol grande y viejo. Cómo ha de ser! No todos pueden ser hijos de Paris.

—¡Acostarse en el hueco de un árbol y con tres niños! exclamó la cantinera.

—Cuando los niños lloraran, añadió el sargento, sería gracioso para los transeuntes oír á un árbol gritar: Papá! mamá!...

—Por fortuna estamos en verano, repuso suspirando la madre, bajando con resignacion al suelo los ojos, que aun conservaban el asombro que produjeron en ellos las catástrofes.

Los soldados, silenciosos, formaban círculo alrededor de aquel grupo de la miseria, compuesto de una viuda y de tres huérfanos, obligados á la fuga, al abandono y á la soledad, oyendo resonar la guerra por todo el horizonte, víctimas del hambre y de la sed, sin tener otra habitacion que la techumbre del cielo.

El sargento se acercó á la mujer y fijó la vista en la niña, que aun estaba tectando; ésta dejó el seno de la madre, volvió suavemente la cabeza, miró con sus hermosas pupilas azules el espantoso y velludo rostro que se inclinaba sobre ella y se sonrió.

Enderezóse el sargento y una lágrima rodó por su mejilla, deteniéndose como una perla en el extremo del bigote. Levantó la voz y dijo.

—De todo esto deduzco que el batallón vá á ser padre. Os parece bien? Adoptamos á estos tres niños?

—¡Viva la República! exclamaron los granaderos.

—Está dicho, añadió el sargento, y extendiendo las dos manos sobre las cabezas de la madre y de los niños, dijo:

—De hoy en adelante estos serán los hijos del batallón del Gorro-Rojo.

La cantinera dió un salto de alegría.

—Tres cabezas en un gorro! gritó. Despues, llorando de gozo, abrazó cariñosamente á la infeliz viuda y la dijo:

—¡Qué aire tan picarillo tiene ya la niña!...

—Viva la república! repitieron los soldados.

El sargento dijo á la madre:

—Ven, ciudadana.

LIBRO SEGUNDO

La corbeta «Claymore».

I.

Inglaterra y Francia barajadas.

En la primavera de 1793, mientras la Francia era atacada á un tiempo y en todas sus Fronteras, y se proporcionaba la patética distraccion de la caída de los girondinos, en el archipiélago de la Mancha sucedia lo que vamos á referir.

La tarde del primero de Junio, en Jersey, en la pequeña bahía de Bonnenuit, una hora antes de ponerse el sol, con tiempo brumoso, cómodo para huir, pero peligroso para navegar, se hacia á la vela una corbeta. Este buque, aunque su tripulacion era francesa, formaba parte de la flotilla inglesa, situada en estacion y como de centinela en la punta oriental de la isla. El príncipe de la Tour-d' Auvergne, de la casa de Bouillon, mandaba la escuadrilla inglesa, de la que se destacó esta corbeta por orden suya para prestar un servicio urgente y especial.

La corbeta, matriculada en la Trinity-Housse con el nombre de *The Claymore*, tenia la apariencia de una corbeta mercante, pero era de guerra. Tenia la marcha pacífica y pesada de un barco de transporte, pero no habia que fiarse de eso. Se construyó con dos objetos, con el de la astucia y con el de la fuerza; para engañar, si esto era posible, y para combatir cuando esto fuese necesario. Para el servicio que habia de prestar aquella noche reemplazaron el cargamento en el entrepuente treinta carronadas de grueso calibre. Estas treinta carronadas, ya por prever una tempe-

tad, ya con la idea de dar al buque aspecto pacífico, estaban á la amarra, esto es, fuertemente amarradas en lo interior por tres cadenas cada una, apoyando el tiro en las escotillas, que iban tapadas.

Esto no se veia por el exterior, porque las portas estaban cegadas y cerradas las escotillas; como si hubieran puesto una máscara á la corbeta. Los buques de esta clase, construidos con arreglo á ordenanza, no llevan cañones más que sobre el puente; pero esta corbeta, construida para sorpresas y para emboscadas, aunque estaba desarmada en el puente, ocultaba una bateria en el entrepuente. La *Claymore* era maciza y corpulenta, pero buena andadora; su casco era el más sólido de la marina inglesa, y en el combate valia casi tanto como una fragata, aunque solo tenia por palo de mesana un arbolillo con una sola cangreja. Su timon, de forma rara pero científica, tenia una membradura curva, casi única, que costó cincuenta libras esterlinas en los talleres de Southampton.

Toda la tripulacion era francesa, como acabamos de decir, y se componia de oficiales emigrados y de marineros desertores; hombres escogidos, no habia ni uno solo que no fuese ó buen marino, ó buen soldado ó buen realista, y estaban dotados del triple fanatismo del mar, de la espada y de la monarquía.

Iba agregado á la tripulacion medio batallón de infantería de marina, que en caso necesario podia efectuar un desembarque.

El capitán del buque era el conde de Boisberthelot, caballero de la orden de San Luis, uno de los mejores oficiales de la antigua marina real; el teniente era el caballero La Vienville, que habia mandado en el regimiento de Guardias franceses la compañía de la que Hoche fué sargento. El piloto, Felipe de Gacquel, era el patron más sagaz de Jersey.

Se adivinaba que esta corbeta se destinaba á ejecutar alguna empresa extraordinaria: en efecto, acababa de embarcarse en ella un hombre que parecia que iba á realizar una ventura. Era un anciano alto, tieso y robusto, de rostro severo, cuya edad era difícil de comprender, porque tenia aspecto de viejo y de jóven; era uno de esos hombres que conservan las fuerzas á pesar de los años, de cabellos canos, pero de miradas relampagueantes, que tienen cuarenta años si se les juzga por su vigor y ochen-

ta si se les juzga por su autoridad. En el momento de entrar en la corbeta se entreabrió su capa de mar y pudo verse que vestia anchos calzones, que se llamaban en lengua bretona *bragon-bras*; botas altas y jubon de piel de cabra, mostrando por encima el cuero bordado de seda y por debajo el pelo erizado y natural; este es el traje completo del aldeano breton. Estos coletos bretones antiguos tenian dos usos; para los dias de fiesta y para los dias de trabajo: se volvian del revés, ofreciendo á la vista, segun se queria, la cara velluda ó la cara bordada. El que usaba el anciano, para darle la deseada verosimilitud, estaba gastado por las rodillas y por los codos, aparentando haber prestado servicio mucho tiempo, y la capa de mar, de tela gruesa, parecia un capote viejo de pescador. Llevaba, además, dicho anciano en la cabeza el sombrero redondo de la época, de forma alta y de anchas alas, que bajándolas le daban apariencias de campesino, y levantándolas por un lado, por medio de una escarapela, podian darle aspecto militar; en estos momentos las llevaba caidas, sin presilla ni escarapela.

Lord Balcarras, gobernador de la isla, y el príncipe de la Tour-d' Auvergne, le condujeron personalmente y le instalaron á bordo. Gelambre, agente secreto de los príncipes y antiguo guardia de Corps del conde de Artois, vigiló el arreglo de su cámara con tanto cuidado y respeto, á pesar de ser gentil-hombre, que hasta le llevaba la maleta detrás de él. Al despedirse del anciano para ir á tierra le dirigió profundo saludo; lord Balcarras se despidió de él diciéndole: *Buena suerte, mi general*, y el príncipe de la Tour-d' Auvergne le dijo: *Hasta la vista, primo mio*.

Las gentes de la tripulacion le llamaban el *paisano* cuando dialogaban brevemente unos con otros; pero sin estar enterados de quién era, comprendian que aquel hombre era tan paisano como corbeta mercante su corbeta de guerra.

Soplaba el viento con suavidad. La *Claymore* salió de Bonnenuit, pasó por delante de Boulay-Bay, estuvo algun tiempo á la vista, corriendo bordadas, y despues se vió disminuir de tamaño hasta borrarse en el horizonte á medida que avanzaba la noche.

Una hora despues Gelambre, de regreso á su casa de Saint-Helier, envió por el expés de Southampton al conde de Artois, en el cuartel general del

duque de York, las líneas siguientes: "Monseñor: Acaba de verificarse la partida. Exitos seguros. Dentro de ocho días arderá toda la costa desde Granville á Saint-Malo."

Cuatro días antes, por un emisario secreto, el representante del Marne, Prieur, comisionado cerca del ejército de las costas de Cherbourg, que residía momentáneamente en Granville, recibió, escrito por la misma mano que escribió el despacho precedente, el mensaje que sigue:

"Ciudadano representante: El 1.º de Junio, á la hora de la marea, la corbeta de guerra la *Claymore*, con batería oculta, aparejará para desembarcar en la costa de Francia á un hombre, cuyas señas son las siguientes: estatura alta, viejo, cabellos blancos, vestido de aldeano, manos aristocráticas. Os enviaré mañana más pormenores. Desembarcará el 2 á la madrugada. Advertid al crucero, capturad la corbeta y que guillotinen al hombre."

II.

La noche del buque y del viajero.

La corbeta, en vez de navegar hacia el Sur y de dirigirse hacia Sainte-Catherine, puso la proa hacia el Norte, después se volvió al Oeste y se internó resueltamente entre Serk y Jersey, en el brazo de mar llamado el Paso de la Deronte. No había entonces faro en ningún punto de esas dos costas.

La noche era más oscura que lo son ordinariamente las noches del estío; había luna, pero la ocultaban grandes nubes, más del equinoccio que del solsticio, y según todas las apariencias no sería visible hasta que tocase en el horizonte en el momento de ocultarse. Algunas nubes llegaban hasta el mar y le cubrían de bruma.

Esta oscuridad era favorable para la intención del piloto Gacquoil, que era dejar á Guernesey á la derecha y llegar, por medio de atrevida marcha, á una bahía cualquiera del litoral de Saint-Malo; camino más largo que el de los Minquier, pero más seguro, porque el crucero francés tenía por consigna habitual vigilar sobre todo la costa entre Saint-Helier y Granville.

Si el viento era favorable y no se presentaba obstáculo extraordinario, cubriendo la corbeta de trapo, esperaba

Gacquoil tocar costa de Francia al romper el día.

Todo iba bien; la corbeta acababa de dejar atrás á Gros-Nez; hacia las nueve de la noche el tiempo pareció querer torcerse, como dicen los marinos, y se movieron el viento y el mar, pero el viento era próspero y el mar, aunque fuerte, no era violento; sin embargo, algunas oleadas hacían buzar la corbeta de vez en cuando.

El paisano, á quien lord Balcarras llamó *general* y el príncipe de la Tour d'Auvergne *primo*, estaba acostumbrado á andar por los buques y se paseaba con gravedad tranquila por el puente de la corbeta, sin hacer caso de las fuertes sacudidas del mar. De vez en cuando sacaba del bolsillo del jubon una pastilla de chocolate, que rompía y mascaba un pedazo: sus cabellos blancos no impedían que tuviese completa la dentadura.

No hablaba con nadie; solo por breves momentos y en voz baja decía algo al capitán, que le escuchaba con deferencia y parecía considerar al pasajero con mayor mando que él.

La *Claymore*, hábilmente dirigida por el piloto, costó sin ser vista, entre la bruma, la escarpada costa del Norte de Jersey, navegando cerca de ella, por evitar el temible escollo llamado Pierres-de-Leeq, que está en medio del brazo de mar situado entre Jersey y Serk. Gacquoil, de pié, junto al timón, señalando sucesivamente á la punta de Leeq, á Gros-Nez y á Plemont, hacia deslizar la corbeta por entre estos arrecifes, á tientas, digámoslo así, pero con seguridad, como hombre experto que conocía los caminos del Océano. La corbeta no llevaba luces por temor á denunciar su paso por aquellos vigilados mares. Al llegar á la Gande-Étape la bruma era tan espesa, que apenas dejaba distinguir la alta silueta del Pinnacle. Oyéronse dar las diez en el campanario de Saint Onen, que es señal de que el viento lo tenían de popa. La corbeta llevaba marcha feliz; el mar estaba más agitado cuanto más se aproximaban á la Corbiere.

Poco después de las diez, el conde de Boisberthelot y el caballero de La Vienville condujeron al hombre vestido de aldeano hasta su cámara, que era la del capitán del buque. En el momento de entrar en ella les dijo, bajando la voz:

—Sabeis ya, señores, que importa mucho guardar el secreto; silencio, pues,

hasta el momento de la explosión; sois los únicos que sabeis quién soy yo.

—Llevaremos con nosotros el secreto á la tumba, respondió Boisberthelot.

—Por mi parte, repuso el anciano, aunque estuviese delante de la muerte no lo declararía.

Diciendo esto entró en su cámara.

III.

Mezcla de nobles y de plebeyos.

El comandante y el segundo volvieron á subir sobre cubierta y se pusieron á pasear, hablando uno al lado del otro.

La conversacion recayó sobre el pasajero, como verá el lector por el siguiente diálogo que entablaron. Boisberthelot murmuró á media voz al oído de La Vienville:

—Veremos si es un verdadero jefe.

—Por de pronto es un príncipe, respondió La Vienville.

—Casi, casi.

—Gentil-hombre en Francia, pero príncipe de Bretaña.

—Como los La Tremouille y como los Rohan.

—Que son sus aliados.

—En Francia y en las carrozas del rey es marqués, como yo soy conde y vos sois caballero.

—Las carrozas están ahora muy lejos; ahora solo se usan carretas, exclamó La Vienville.

Hubo una pausa. Después dijo Boisberthelot:

—A falta de un príncipe francés, nos contentamos con un príncipe breton.

—A falta de un águila... tomamos un cuervo.

—Preferiría un buitres, contestó Boisberthelot.

—Cierto; con buen pico y buenas garras.

—Veremos lo que sale.

—Ya era hora de poder contar con un jefe, repuso La Vienville. Soy del parecer de Tinténal; necesitamos jefe y pólvora. Oid, comandante; conozco á casi todos los jefes posibles é imposibles, los de ayer, los de hoy y los de mañana; pero ninguno tiene las cualidades de guerra que necesita el que nos hace falta. En la endiablada Vendée es preciso que el general sea al mismo tiempo verdadero procurador; es preciso cansar al enemigo, disputarle el molino, el seto, el foso, los guijarros, suscitarle obstáculos

por todas partes, sacar partido de todo, vigilar siempre, matar mucho, hacer escarmentos, no tener sueño ni compasión. Hasta hoy en ese ejército de paisanos hay héroes, pero no hay capitanes. D'Elbée es nulo, Lescure está enfermo, Bouchamps es bueno y compasivo, pero es bestia; La Rochejaquelein solo es un magnífico subteniente; Silz es solo un oficial de filas, pero no sirve para la guerra de sorpresas; Cathelineau es un carretero inocente; Stoffet es un guardamontes astuto, Berard es inepto, Boulainvillers es ridículo, Charette es horrible. No hablo del barbero Gaston, porque, vive Dios! ¿de qué sirve declamar tanto contra la revolución para no haber diferencia entre nosotros y los republicanos, ya que nosotros también damos á los plebeyos el mando de los nobles?

—Es que esa endiablada revolución se ha infiltrado también en nosotros.

—Es una sarna que le ha salido á la Francia.

—La sarna del tercer estado, añadió Boisberthelot. Solo la Inglaterra nos la puede curar.

—Nos la curará, no lo dudeis, capitán.

—Entre tanto nos pica.

—Cierto; dominan los villanos en todas partes: el general en jefe de la monarquía, Stoffet, es el guarda de monte del señor de Maulevrier, y nada tiene que envidiar á la República, cuyo ministro es Pache, hijo del portero del duque de Castries. Están frente á frente en la guerra de la Vendée, por una parte Santerre el cervecero y por la otra el peluquero Gaston.

—Pues debo decir que Gaston cumple con su deber. No se portó mal en Gueménée, pues supo arcabucear á trescientos azules, después que les hizo cavar sus sepulturas.

—Eso cualquiera lo hubiera hecho como él.

—Verdad es...

—Los grandes actos de la guerra, repuso La Vienville, requieren nobleza en quien los ejecuta; son más propios de caballeros que de peluqueros.

—Hay, sin embargo, en ese tercer estado, replicó Boisberthelot, hombres dignos de estimación. Por ejemplo, el relojero Joly, que fué sargento del regimiento de Flandes. Ahora es vendeano y manda una partida en la costa; pues su hijo, que era republicano, servía en las filas de los azules, mientras su padre militaba en las de los blancos. En el

encuentro de una batalla, el padre hace prisionero al hijo y le salta la tapa de los sesos.

—Eso es heroico.

—No es un Bruto realista?

—Eso no impide que sea insoportable el ver que nos mandan un Loquereau, un Jean-Jean, un Molins, un Focart, un Bonfú, un Chouppes.

—Pues de eso tambien puede quejarse el partido contrario. En él están dirigidos por plebeyos y en el nuestro por nobles. ¿Creeis que los descamisados están contentos de verse á las órdenes del conde de Cauclaus, del vizconde de Miranda, del vizconde de Beauharnais, del conde de Valence, del marqués de Custine y del duque de Biron?

—Vaya un potaje!...

—Y del duque de Chartres?

—El hijo de Igualdad... ¿cuándo será rey?

—Nunca.

—Para subir al trono le pueden servir sus crímenes.

—Y perjudicar sus vicios, contestó Boisberthelot.

—Trató, sin embargo, de reconciliarse con el monarca; fué á Versailles á ver al rey, estando yo allí, y vi cómo le escupieron en las espaldas.

—¿Desde lo alto de la escalera principal?

—Sí.

—Hicieron bien.

—Le llamábamos Borbon el Cenagoso.

—Está lleno de pústulas, es calvo y regicida.

—Estuve con él en Ouessant, repuso La Vienville.

—En Saint-Esprit?

—Sí.

—Si hubiera obedecido la señal de mantenerse contra el viento, que le hacia el almirante D'Orvilliers, hubiera impedido el paso á los ingleses.

—Ciertamente. ¿Es verdad que se escondió en la bodega?

—No; pero bueno es que se diga.

La Vienville soltó una carcajada. Boisberthelot añadió:

—Hay muchos imbéciles. Ese mismo Boulainvilliers, de que hace poco me hablabais, le conocí y le ví de cerca. Al principio los paisanos se armaron con picas y se le metió en la cabeza hacerlos alabarderos; les enseñó el ejercicio de la alabarda, soñando en transformar á aquellos salvajes en soldados de línea. Pretendía que aprendiesen á forzar y á

formar el cuadro por batallones. Les arengaba en lenguaje militar, que ellos no entendian, y para decir jefe de escuadra les decia cabo de escuadra, que era como se llamaban los cabos en tiempo de Luis XIV. Se obstinaba en crear un regimiento compuesto de cazadores furtivos; dispuso compañías regulares, cuyos sargentos formaban corro todas las tardes para recibir santo y seña del sargento de la coronela; éste se los decia en voz baja al sargento de la tenencia coronela, que los trasmitia al inmediato, y éste á su vecino, y así, de oído en oído, llegaba hasta el último sargento; en fin, ya veis lo que ha sucedido: aquel bruto no quiso comprender que los aldeanos quieren ser gobernados á su manera y que no se hacen hombres de cuartel de los hombres de los bosques. Conocí en seguida quién era Boulainvilliers.

Dieron algunos pasos, meditando cada uno para sí, y despues reanudaron la conversacion.

—A propósito, preguntó Boisberthelot, ¿se confirma la noticia de la muerte de Dampierre?

—Sí, mi comandante.

—Delante de Condé?

—Murió en el campo de Pamars, de una bala de cañon.

—El conde de Dampierre! Otro de los nuestros que era de los suyos.

—Buen viaje! contestó La Vienville.

—Y su familia dónde está?

—En Trieste.

—Todavía?

—Sí.

—¡Ah, cuántos estragos causa esta maldita República!... exclamó Vienville; ¿cuando pienso que esta revolucion la ha producido el déficit de algunos millones!...

—Hay que desconfiar de las causas pequeñas.

—Todo vá mal.

—Sí, La Ronarie ha muerto y Du Dresnay está idiota. ¿Qué desdichados agitadores son esos obispos!... ¡Coucy, obispo de la Rochela; Beaupoil Saint-Aulaire, de Poitiers; Mercy, de Luçon, el amante de madame de L' Eschasserie!...

—Que se llama Servanteau, como sabéis, comandante, porque L' Eschasserie es el nombre de una de sus tierras.

—¿Y ese obispo de Agra, que es cura de no sé dónde?...

—De Dol. Se llama Guillot de Folle-

ville; es muy valiente y se bate como un héroe.

—¡Sacerdotes cuando se necesitan soldados!... obispos que no son obispos!... generales que no son generales!...

—Comandante, ¿teneis el *Moniteur* en vuestra cámara?...

—Sí.

—¿Qué obra representan ahora en Paris?

—*Adela y Paulino y La Caverna*.

—Quisiera verlas.

—Las vereis; creo que estaremos en Paris dentro de un mes.

Boisberthelot reflexionó un momento y añadió:

—Quizás antes, porque así se lo ha dicho Windham á milord Hood.

—Pues entonces, comandante, todo no vá mal.

—Todo iria bien si supiesen dirigir la guerra de la Bretaña.

La Vienville movió la cabeza.

—Comandante, preguntó, ¿desembarcaremos la infantería de marina?

—La desembarcaremos si la costa nos es adicta, pero no si nos es hostil. Algunas veces la guerra necesita forzar las puertas para entrar, pero otras es conveniente que se introduzca furtivamente. La guerra civil debe llevar siempre en el bolsillo una llave falsa. Haremos lo que se pueda, pero lo importante es la llave.

Boisberthelot añadió:

—¿Qué os parece el caballero de Dienzie?

—El jóven?

—Sí.

—Para mandar?

—Sí.

—Que es un buen oficial de filas y de batalla; pero los bosques solo los conocen los montañeses.

—Si eso creéis, dad de baja al general Stoffet y al general Cathelineau.

La Vienville meditó un momento y dijo:

—Nos hace falta un príncipe, un príncipe de Francia, un príncipe de la sangre.

—Para qué? Quien dice príncipe...

—Dice cobarde, ya lo sé, comandante, pero yo le quiero para que haga entusiasmo á esos papamoscas.

—Los príncipes no quieren ponerse á la cabeza.

—Nos pasaremos sin ellos.

Boisberthelot hizo el movimiento maquina que consiste en apretarse la fren-

te con la mano, como para hacer salir una idea, y dijo:

—En fin, veremos lo que dá de sí este general.

—Es un noble importante.

—Creeis que esto basta?

—Con tal que sea bueno...

—Es decir, que sea feroz, replicó Boisberthelot.

El conde y el caballero se miraron.

—Sí, habeis encontrado la palabra precisa. Lo que nos hace falta es la guerra sin misericordia. Esta es la época de los sanguinarios. Los regicidas han cortado la cabeza á Luis XVI, nosotros debemos descuartizar á los regicidas y nuestro general debe ser inexorable. En Anjon y en el alto Poitou los jefes son magnánimos, hay entre ellos puja de generosidad y por eso todo marcha mal allí; por el contrario, en el Marais y en el territorio de Retz, los jefes son atroces y allí todo marcha bien. Porque Charette es feroz puede hacer frente á Parrein; son una hiena contra otra hiena.

Boisberthelot no tuvo tiempo para responder á La Vienville, porque antes de que éste acabase de hablar, fué interrumpido bruscamente por un grito desesperado. Al mismo tiempo se oyó un ruido, que no se parecia á ninguno de los ruidos ordinarios; aquel grito y aquel ruido salian del interior del buque.

El capitán y el teniente se precipitaron hasta el entrepuente, pero no pudieron penetrar en él; todos los artilleros subian asustados.

Acababa de suceder una cosa espantosa.

IV.

Tormentum belli.

Una de las carronadas de la batería, pieza de á veinticuatro, se habia desprendido de sus amarras.

Este es quizás el más terrible acontecimiento que puede ocurrir en el mar; nada tan terrible puede suceder á un buque de guerra en alta mar y en plena marcha.

El cañon que rompe sus amarras se convierte bruscamente en una especie de bestia sobrenatural; es una máquina que se transforma en monstruo; es una masa que corre sobre sus ruedas, que tiene movimiento de bola de billar, que se inclina al rodar, que se sumerge al chocar, que vá, viene, se detiene, parece

que medita, recobra su carrera, atraviesa como una flecha el buque de un extremo al otro, salta, huye, se encabrita, choca, rompe, mata, extermina. Es un ariete que bate á su antojo la muralla, con la diferencia de que el ariete es de hierro y la muralla de madera. Es la entrada en la libertad de la materia, y parece que ese esclavo eterno quiera vengarse; parece que la maldad que posean lo que llamamos objetos inertes, se subleva y estalla de pronto; parece que pierda la paciencia y tome extraña revancha. Es inexorable la cólera de lo inanimado. Ese pedazo de hierro forjado dá los saltos de la pantera, tiene la pesadez del elefante, la agilidad del raton, la terquedad del hacha, lo inesperado de las oleadas, la rapidez del rayo y la sordera del sepulcro. Su peso es enorme y salta como una pelota ó tuerce bruscamente, cortando en ángulo recto la línea que antes trazó. ¿Qué hacer? Cómo dominar á ese mónstruo? La tempestad cesa, el cyclon pasa, el viento se apacigua, el mástil roto puede reemplazarse, la vía de agua se tapa, el incendio se extingue; ¿pero qué hacer con ese enorme bruto de bronce? ¿de qué medios valerse? Se puede hacer entrar en razon á un perro de presa, espantar á un toro, dar miedo á un tigre, fascinar á una boa, enternecer á un leon, pero no hay ningun recurso contra ese mónstruo que se llama cañon desamarrado. No le podeis matar, porque está muerto; sin embargo, vive, vive con vida siniestra, que le hace adquirir el infinito. Tiene bajo de él el piso que le balancea y le hace mover el navío, al que mueve el mar, cuando al mar le mueve el viento. Este exterminador no es más que un juguete del buque, de las olas y de los vientos; de todo esto, enlazado, nace su espantosa vida. ¿Cómo librarse de semejante máquina? ¿Cómo maniobrar en ese mecanismo monstruoso del naufragio? ¿Cómo es posible prever sus idas y venidas, sus vueltas y sus choques? ¿Cómo adivinar cada uno de sus golpes, que puede hundir el buque? ¿Cómo evitar un proyectil que cambia de direccion, que se mueve, avanza, retrocede, choca á la derecha y á la izquierda, huye, pasa, desconcierta la prevision, atropella el obstáculo y aplasta á los hombres? Lo terrorífico de la situacion proviene de la movilidad del suelo; no es posible combatir un plano inclinado que tiene caprichos. El barco lleva, por decirlo así, dentro del vientre el rayo prisionero que trata de

escaparse, una especie de trueno que rueda sobre un temblor de tierra.

En un instante se puso en pié toda la tripulacion; la falta la cometió el cabo de cañon al olvidarse de echar el clavo de la cadena de amarra, y ató mal las cuatro ruedas de la carronada, lo que hizo mover la plantilla y el bastidor y concluyó por dislocar la braga. Rompió el tiro, de modo que el cañon no quedó ya firme en el afuste. La braga fija, que impide el retroceso, no estaba en uso en aquella época. Un golpe dado en la porta de la batería habia hecho que la carronada, mal amarrada, retrocediese y rompiera su cadena, empezando á rodar de un modo formidable por el entrepuente. En el momento en que se rompió la amarra, los artilleros estaban en la batería, unos agrupados y otros esparcidos, ocupados en los trabajos del mar que ejecutan los marineros en la prevision del zafarrancho de combate. La carronada, lanzada por el cabeceo del buque, penetró en uno de los grupos y aplastó á cuatro hombres del primer golpe: despues, empujada por el balanceo, partió por el medio á otro infeliz y fué á chocar en el muro de babor con una pieza de la batería y la desmontó. Esto produjo el grito de angustia que acabamos de oír. Toda la tripulacion corrió á la escalera é instantáneamente la batería quedó vacía de gente.

La enorme pieza quedó sola, entregada á sí misma, y podia hacer lo que quisiera: era dueña de la corbeta. La tripulacion, acostumbrada á reír durante las batallas, temblaba llena de espanto.

El capitán Boisberthelot y el teniente La Vienville, que eran dos valientes, se detuvieron en lo alto de la escalera, y mudos, pálidos y vacilantes, miraban hácia el entrepuente. Un hombre los apartó con el codo y bajó; era el pasajero, el paisano, de quien se estaban ocupando momentos antes. Este, al llegar al pié de la escalera, se paró.

V.

Vis et vir.

El cañon iba y venia por el entrepuente, como si fuese el carro viviente del Apocalipsis; el farol, oscilando bajo la roda de la batería, añadía á esta vision vertiginoso balanceo de sombra y de luz. La forma del cañon desaparecia en la violencia de la carrera, y ya se le

veía negro en la claridad, ya reflejando blancura vaga en la oscuridad.

Continuaba causando averías en la corbeta: habia ya roto otras cuatro piezas y abierto en los costados del buque dos hendiduras que, por fortuna, caian sobre la línea de flotacion, pero por las que entraria agua si sobreviniese una borrasca. Chocaba con frenesí contra los costados del barco, resistia la madera, pero la hacia chasquear aquella masa desmesurada, que golpeaba con una especie de ubicuidad inaudita por todas partes á la vez. Un grano de plomo sacudido en una botella no tiene percusion tan incesante ni tan rápida. Las cuatro ruedas pasaban y volvian á pasar sobre los hombres muertos, los aplastaban, los cortaban y los despedazaban, y de los cinco cadáveres habian hecho veinticinco pedazos, que rodaban al través de la batería, y arroyos de sangre corrian por el suelo. Los costados averiados del buque se entreabrian en muchos sitios y en todo él reinaba un espanto monstruoso.

El capitán recuperó al momento la serenidad y mandó arrojar al entrepuente todo lo que podia amortiguar é impedir la carrera desenfrenada del cañon, los colchones, las hamacas, los repuestos de velas, los rollos de cuerdas, los sacos de equipaje y los paquetes de asignados falsificados, de los que la corbeta llevaba todo un cargamento, porque esta infamia inglesa se consideraba como un ardid de la guerra.

Nada evitaron todos esos trapos, porque nadie se atrevió á bajar y á organizarlos convenientemente; en pocos minutos quedaron convertidos en hilas.

El mar estaba bastante alborotado para que este funesto accidente fuese lo más completo posible. Si hubiera sobrevenido una tempestad, ésta tal vez derribara al cañon sobre su caña, y estando en el aire las cuatro ruedas, se hubiera podido dominar el peligro. Esto no sucedió y el estrago continuaba; veíanse desolladuras y hasta fracturas en los mástiles que, empotrados en la madera de la quilla, atraviesan los pisos de los buques, y que desempeñan el papel de grandes pilares redondos. Los golpes convulsivos del cañon habian agrietado el palo de mesana; el palo mayor tambien habia sufrido mucho; la batería se dislocaba. De treinta piezas, diez estaban fuera de combate; las brechas se multiplicaban y la corbeta empezaba á hacer agua.

El pasajero anciano, que habia bajado al entrepuente, parecia un hombre de piedra colocado bajo la escalera que dirigia la mirada serena á aquella escena de devastacion; estaba inmóvil.

Cada movimiento de la carronada libre hacia prever el hundimiento del buque; si continuaban los estragos el naufragio era inevitable; era preciso ya, ó contener el desastre ó morir, tomar un partido; pero cuál?... ¿Cómo apoderarse de aquel combatiente? Se trataba de contener á un loco furioso, de amarrar un rayo, de derribar á un mónstruo.

Boisberthelot dijo á La Vienville:

—Creeis en Dios?

—Sí y no; algunas veces.

—Creeis en Dios en la tempestad?

—Sí, y en momentos como éste.

—Haceis bien, contestó Boisberthelot, porque solo Dios puede salvarnos ahora.

Todos callaban presenciando el peligro. Por el exterior las olas batian al buque, respondiendo á los golpes del cañon con golpes de mar, produciendo el efecto de dos martillos alternativos.

De repente, en aquella especie de circo inabordable, en el que saltaba el cañon, se vió aparecer á un hombre con una barra de hierro en la mano. Era el autor de la catástrofe, el culpable de la negligencia y causa del accidente, el cabo de cañon encargado de la carronada. Causó el daño y queria repararlo: llevaba una barra en una mano y una cuerda con nudo corredizo en la otra; armado de ese modo saltó al entrepuente.

En seguida comenzó un espectáculo titánico y feroz; el combate del cañon contra el artillero; la batalla entre la materia y la inteligencia; el duelo de la cosa contra el hombre.

El hombre se apostó en un ángulo, con la barra y la cuerda en las manos, firme sobre sus piernas, que parecian dos pilares de acero, y lívido, tranquilo y trágico, esperaba, como si estuviese arraigado en el suelo. Esperaba que la carronada pasase cerca de él. El artillero conocia su cañon y creia que éste le conoceria tambien, viviendo con él mucho tiempo; le habia metido muchas veces la mano en la boca, era un mónstruo familiar, y se puso á hablarle como á un perro.

—Ven, le decia.

Deseaba que se dirigiese á donde él estaba, pero esto era echarse sobre él y perderse; porque, ¿cómo habia de evitar ser aplastado? Todos los hombres del